

UN SIGLO DE LITERATURA HISPANOAMERICANA EN EL *BOLETÍN DE LA BIBLIOTECA DE MENÉNDEZ PELAYO*

El magisterio de Marcelino Menéndez Pelayo

En su año III, número 5, el correspondiente a septiembre-octubre de 1921¹, el *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo* incluyó el ensayo «Menéndez Pelayo en su aspecto americanista» (229-250), donde el escritor e historiador mexicano Carlos Pereyra —hispanófilo notorio, había fijado su residencia en España en 1916— daba por ya consolidado el ambiente de fraternidad entre España y la América española, defendiendo (sobre cualquier otro) el aspecto espiritual de esa relación. Pereyra consideraba a Menéndez Pelayo el primero de los americanistas españoles, y consideraba su *Historia de la poesía hispanoamericana* un libro capital para España y fundamental para América, aunque a su publicación ni aquí ni allá encontrara lectores preparados para apreciarlo. Sin ignorar sus limitaciones, las páginas que ahora dedicaba al contenido

¹ En adelante, a los títulos de los artículos seguirán entre paréntesis las referencias suficientes para su localización (año y páginas, como mínimo).

de esa obra pretendían demostrar (y lo conseguían) sus muchos aciertos, también al advertir de los peligros del europeísmo y del indianismo, tendencias propicias al falseamiento del americanismo literario, y desde luego al preferir la poesía dedicada a la descripción de la naturaleza: la cultivada por Rafael de Landívar o por Andrés Bello, en latín o en castellano, arraigada en la tradición clásica y también por ello americana, sin que eso impidiera apreciar la orientación indocta o rústica representada por Gregorio Gutiérrez González.

Si he elegido ese artículo de Carlos Pereyra para iniciar mi acercamiento a la presencia de la literatura hispanoamericana en el *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, es porque tal presencia guarda una inevitable relación con la faceta americanista del polígrafo santanderino, cuyo magisterio era imposible ignorar. Aunque no se ciñera a sus escritos sobre el tema, ese magisterio estaba muy presente en la conferencia que Rudolf Grossman leyó el 22 de agosto de 1925 en los Cursos de Vacaciones de la Sociedad Menéndez Pelayo de Santander y que el *Boletín* (1925: 396-408) publicó con el título «Algunos aspectos de la literatura hispanoamericana», hoy menos interesante por la información que proporcionaba que por las preguntas relativas a una literatura de cuya existencia se dudaba en tal medida que había que defenderla y razonarla. Profesor de la Universidad de Hamburgo, Grossmann conocía bien las razones de quienes negaban la existencia de esa literatura, y aun las comprendía, así como las de quienes la relacionaban con la independencia o con el presente, pero su opinión era otra: factores geográficos y etnográficos habrían condicionado la realidad española de América y también la de quienes escribían allí, de modo que esa literatura nació con la conquista; como Menéndez Pelayo, encontraba en la poesía descriptiva y en sus etapas de desarrollo lo más específico de América, lo más alejado de España, y tampoco creía que los pueblos prehispánicos hubieran hecho aportación alguna, aunque pervivieran al condicionar de algún modo la mentalidad de los americanos, al menos para determinar las diferencias de carácter o de ingenio observables en los territorios donde se habían desarrollado las culturas más relevantes (México, Colombia, el Perú). Esos matices o diferencias no le impedían reconocer o

proclamar que la literatura de la América española estaría siempre ligada a la peninsular, determinadas por el idioma compartido que haría de ellas una única e indivisible literatura castellana.

Otros artículos insistirían en resaltar la importancia del legado recibido. Uno de ellos fue el titulado «La América española en la obra de Menéndez Pelayo» (1928: 101-115), texto de una conferencia dictada en la Real Academia de la Historia donde el escritor y diplomático uruguayo Benjamín Fernández Medina recordó el interés que determinó la gestación paulatina de la *Antología de poetas hispano-americanos* con la ayuda de amigos y colaboradores de diferentes países, y, en el contexto de la celebración del cuarto centenario del descubrimiento y para las relaciones de España con la América hispanohablante, la gran repercusión que aquellos volúmenes publicados entre 1893 y 1895 tuvieron al otro lado del Atlántico, a pesar de alguna reticencia y aunque se refirieran solo a escritores ya muertos. En los estudios de Menéndez Pelayo encontraba la norma más segura para quienes se ocupaban de la historia literaria de América, en defensa de una tradición espiritual o cultural que Fernández Medina compartía con entusiasmo, incluso en la ya entonces agotada polémica que enfrentaba lo “hispanoamericano” a lo “latinoamericano”.

Como se puede comprobar y como cabía esperar del *Boletín*, las aportaciones concretadas en *Antología de poetas hispano-americanos* e *Historia de la poesía hispano-americana* eran e iban a ser uno de los temas preferidos por la revista al ocuparse de la literatura de Hispanoamérica. Arturo Berenguer Carisomo, en «La Argentina literaria que vio Menéndez Pelayo» (1948: 5-24), aún veía en esas obras la única cantera sólida a la que recurrir a la hora de edificar algo relacionado con las letras hispanoamericanas. En relación con la literatura argentina, atribuía a su autor el haber anticipado el bosquejo de un proceso literario que luego consolidaría el rigor metodológico de Ricardo Rojas, antes de volver a sus aportaciones para hacer un repaso de ellas subrayando su valor y los pocos errores a los que las fuentes consultadas lo habían inducido, admirando sus muchos aciertos (sin omitir algunas discrepancias) al ocuparse de la obra de Juan Cruz Varela, de Esteban Echevarría, de Domingo F. Sarmiento, de Juan María Gutiérrez, de José Mármol y de los gauchescos, en especial José Hernández, sin olvidar la polémica que

un desafortunado Paul Groussac provocó con su atribución del *Quijote* de Avellaneda a Juan Martí, Mateo Luján de Sayavedra. Muchos años más tarde, al agradecer el IX Premio “Menéndez y Pelayo” que había recibido en 1995, el mexicano José Luis Martínez, con «Influencia de Menéndez Pelayo en la cultura mexicana» (1996: 471-474), recordó *Historia de las ideas estéticas en España y Orígenes de la novela*, pero sobre todo la *Antología de poetas hispano-americanos*, esta vez para subrayar la colaboración mexicana previa: en respuesta a la solicitud de la Academia Española, la Academia Mexicana encargó a Casimiro del Collado y a José María Roa Bárcena la antología, y a José María Vigil la reseña histórica; así surgió la *Antología de poetas mexicanos* que llegó hasta Menéndez Pelayo y que circuló en secreto hasta que en 1894 se hizo su “segunda edición”. Martínez recordaba de paso los nombres de algunos de los escritores mexicanos alabados o execrados para detenerse en Sor Juana Inés de la Cruz —en 1995 se la recordaba al cumplirse los trescientos años desde su muerte—, objeto de comentarios acertados y elogiosos aunque no siempre: Menéndez Pelayo había sido víctima de su personal aversión al culteranismo al menospreciar *Primero sueño*, poema que la crítica posterior había sabido reivindicar.

No faltó en el *Boletín* algún esfuerzo para matizar el alcance de esas aportaciones. En 1986 (317-331) se incluyó «La idea de América en Menéndez Pelayo», donde Román López Tamés procuró entender el gran esfuerzo realizado y también sus limitaciones: las derivadas de una perspectiva inevitablemente española y conservadora, en circunstancias políticamente hostiles y culturalmente ajenas a la tradición humanística latina y católica que Menéndez Pelayo defendía. Eso no impidió reconocer sus méritos, ni recordar que este incluyó a América en la nueva edición de su *Historia de las ideas estéticas* y le dio así un lugar que nunca había tenido. No es de extrañar, en consecuencia, la publicación de otro artículo interesado en subrayar las aportaciones del polígrafo santanderino, pero sin ignorar sus carencias: el número 1 del año LXXXVIII (enero-junio de 2012), dedicado a “Marcelino Menéndez Pelayo, historiador y crítico de la literatura española” con motivo del centenario de su muerte, incluyó «Menéndez Pelayo y la cuestión de lo prehispánico en la literatura hispanoamericana» (309-328), donde José Carlos Rovira recordaba su magisterio y las adhesiones que

suscitó, pero también las reticencias que provocó y el reiterado desdén con que aquel se había referido a la presencia prehispánica en esa literatura —a propósito de José Joaquín de Olmedo, de Mariano Melgar o de José Joaquín Pesado, por ejemplo—, lo que no impidió, paradójicamente, que sus opiniones negativas más de una vez resultaran (y resultan) estimulantes para el estudioso, como la que en *Orígenes de la novela* hizo prevalecer la fantasía sobre el valor histórico de los *Comentarios reales* del Inca Garcilaso de la Vega, en los que vio una novela utópica que reflejaba el alma de las razas vencidas.

Lógicamente, los escritores hispanoamericanos del pasado preferidos por el *Boletín* fueron durante mucho tiempo algunos de los que mejor se integraban en la tradición literaria española y de los más apreciados por Menéndez Pelayo. Lo prueba «Nueva vida de Heredia», conferencia de José María Chacón y Calvo leída en La Habana y en Santander antes de publicarse en el *Boletín* en 1930 (año XII, número 4, octubre-diciembre: 315-358). El autor, que —como antes Enrique José Varona y otros— partía de las páginas de Menéndez Pelayo en las que decía haber abrevado el sentimiento cubano, daba a conocer las investigaciones que ahora permitían ofrecer una biografía de José María Heredia mejor documentada y de interés indiscutible. Se apoyaba en su epistolario, en su mayor parte inédito, y en documentos como los manuscritos de sus *Ensayos poéticos*, a los que había tenido acceso en México y que le permitieron seguir las actividades del poeta, con especial interés por las que desarrolló en Toluca, donde proyectó un código penal para el estado de México. En suma, Chacón y Calvo ofreció un artículo que los interesados en Heredia pueden todavía hoy leer con provecho.

Más fácil de integrar en la literatura española resultó Gertrudis Gómez de Avellaneda, cuya presencia en el *Boletín* se remonta al número I (1919): los lectores pudieron leer allí «Dos promesas de la Avellaneda» (69-71), donde Miguel Artigas Ferrando, primer director de la revista, incluyó la transcripción de un papel suelto encontrado entre las cartas de la escritora cubana a Manuel Cañete, fechado el 26 de noviembre de 1846; en plena crisis espiritual y de salud tras la muerte de Pedro Sabater, la escritora cubana hacía constar allí las promesas que pretendía cumplir si recuperaba su salud y si resultaba premiada en la lotería. Mayor

interés habría de ofrecer «La Avellaneda y sus versos», artículo de Alberto López Argüello que el *Boletín* incluyó en sus volúmenes de 1926 y 1927, cuatro entregas —VIII, 3 (julio-septiembre): 210-226, y 4 (octubre-diciembre): 298-315; IX, 1 (enero-marzo): 15-24, y 2 (abril-junio): 123-136— de un largo ensayo que partía de la presencia de la escritora en el Liceo Artístico y Literario madrileño, prueba de esa integración desde su llegada a Madrid en 1840 y después de sus éxitos en Sevilla, Málaga y Granada, para ofrecer una minuciosa biografía con insistencia en su vida amorosa en la primera parte y una vindicación entusiasta de sus poemas (en los tiempos que él consideraba apocalípticos de la vanguardia) en la segunda, ocupándose después de sus novelas y leyendas, que desdeñaba, y de su teatro, con mayor interés por sus tragedias o dramas (en especial para *Baltasar*) que por sus comedias. Gertrudis Gómez de Avellaneda tendría ocasión de reaparecer en el *Boletín* junto a Sor Juana Inés de la Cruz y Gabriela Mistral en las abundantes páginas de «Tres poetisas americanas» (1966: 305-385), donde Felipe Ximénez de Sandoval les dedicó semblanzas entusiastas, con más interés por su vida sentimental que por su obra literaria, y en «Un error de Gertrudis Gómez de Avellaneda» (1969: 327-330), donde Alberto J. Carlos volvía brevemente sobre un error que era también de Menéndez Pelayo, inducido por la escritora cubana, en su *Historia de la poesía hispano-americana*.

Sobre las relaciones personales de Menéndez Pelayo

El recuerdo de Menéndez Pelayo y su magisterio determinaron que el *Boletín* acogiera ensayos relativos a los escritores hispanoamericanos que se habían relacionado con él de un modo u otro. No eran pocos: casi la totalidad del número correspondiente a 1951 se ocupó con «Menéndez Pelayo y la hispanidad» (5-364), correspondencia hispanoamericana cuya publicación permitía constatar la evidente contribución al desarrollo de relaciones amistosas entre los países hispánicos que había hecho el autor de la *Antología de poetas hispano-americanos* y que la celebración del cuarto centenario del descubrimiento de América había impulsado. Entre esos escritores se contó Ricardo Palma. En su año XV, a cien años del nacimiento del escritor peruano, se confirmaba esa relación con

«La correspondencia entre dos grandes bibliófilos: Menéndez Pelayo y Palma» (número 4, octubre-diciembre de 1933: 371-390), donde Enrique Sánchez Reyes (tercer director de la revista) se ocupó de una correspondencia iniciada el 20 de noviembre de 1883, cuando Palma pidió ayuda para la Biblioteca de Lima que tenía a su cargo y que trataba de recuperar del desastre provocado por la reciente invasión chilena, aunque el intercambio conservado comenzara en 1892 para prolongarse hasta la muerte de Menéndez Pelayo. Era lo que se podía deducir de las cartas ahora publicadas, gracias a la colaboración de Angélica Palma. No sería la última ocasión en que la correspondencia relacionada con su padre apareciera en el *Boletín*: en 1997 las relaciones de los escritores de ambas orillas del Atlántico ocuparon la atención de Manuel Camarero, quien en «Notas a cartas de Valera con escritores hispanoamericanos (1892-1899)» (59-82) reprodujo dos a Ricardo Palma, una a Máximo Soto Hall —a propósito de los cuentos y semblanzas de *Dijes y bronces* (1893)— y tres a Rubén Darío, tras haber analizado puntillosamente las relaciones de esos escritores con Valera, las de Darío en particular, lo que resulta de un notable interés también para conocer el ambiente literario español del momento.

Palma fue uno de los escritores americanos más atendidos por el *Boletín*. Su muerte en 1919 fue la ocasión que José de la Riva-Agüero y Osma aprovechó para el homenaje que sencillamente tituló «Ricardo Palma» (1920: 11-26): un excelente repaso a su vida y su obra, oportunidad para subrayar la pervivencia colonial en el Perú posterior a la independencia y para evocar minuciosamente el espacio urbano de Lima y también el nacionalismo que llevó al mariscal Andrés de Santa Cruz a unir el Perú y Bolivia en una Confederación, atmósfera en la que Palma se crió y de la que derivaría en alguna medida su criollismo. Años después (XV, número 3, julio-septiembre de 1933: 275-296), el *Boletín* incluyó «Homenaje centenario a don Ricardo Palma», páginas que de nuevo José de la Riva-Agüero dedicaba al escritor peruano, escritas para el homenaje que se celebró en Lima en febrero de ese año 1933 al conmemorar su nacimiento cien años atrás. En otro minucioso análisis de su obra —en particular de sus “tradiciones”, pero sin olvidar sus otros escritos en prosa, ni la variada filiación de su

poesía—, De la Riva-Agüero exhibía un detallado conocimiento de cuantos pudieran ser sus precursores o maestros, y también de los escritores afines, peruanos sobre todo, que cultivaron la “tradición” o géneros próximos en España y en América, y hasta cualquier posible relación próxima o lejana con la literatura de occidente con tal de mostrar la amplitud de sus conocimientos o de sus lecturas. Eso no le impedía resaltar el amor de Palma a lo vernáculo, su fascinación por el pasado que lo llevaba hacia el virreinato —el apogeo del Perú, en opinión del analista— y hacia su perduración en el ámbito popular, lo que resultaba acorde con sus más bien vagas y variables inquietudes políticas y religiosas.

Con «Breve semblanza de D. Miguel Antonio Caro» (1961: 11-13), de Ciro Mendía, y «Don Miguel Antonio Caro» (1961: 15-36), a cargo de Gabriel Porras Troconis, llegó el turno de ese erudito colombiano, cuyo busto lucía desde 1960 en el jardín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo de Santander. Mendía dedicó más de la mitad de sus líneas a comentar la actividad política de Caro, que consideraba un fiasco, y el resto a considerar su obra, con desdén hacia el poeta y encomio para el humanista en las variadas facetas que había cultivado. Porras se extendió elogiosamente sobre el conjunto de esa obra, recordando los elogios de Menéndez Pelayo para la oda «A la estatua de libertador», lo que equivalía a valorar también positivamente el quehacer del poeta en sus diferentes motivos de inspiración, e incluso su obra de latinista, sin olvidar sus traducciones desde distintos idiomas. Como cabía esperar, no se escatimaron los elogios para los trabajos del historiador (como el dedicado a San Cirilo de Alejandría), para el pensador, el filólogo, el educador e incluso el científico; también para el orador, sin entrar en cuestiones políticas, molestas para los que fueran adversarios de quien llegó a ocupar la presidencia de Colombia.

La relación de Menéndez Pelayo con Caro no tuvo otras consecuencias para el *Boletín*. La que mantuvo con Rufino J. Cuervo, cuyo busto también orna desde 1973 el jardín de la Biblioteca en Santander, apenas dio para «Relaciones de Rufino J. Cuervo con John D. Fitz-Gerald» (2002: 275-279), de Günther Schütz, y eso solo para comentar correspondencia que documentaba las andanzas del entonces joven hispanista norteamericano. Más fructífera resultó la relación con Palma, desde que Miguel Artigas solicitara y

obtuviera de su hija Angélica, entonces residente en Madrid, las páginas que en «Literatos del Perú» (1924: 242-249) recordaron al ya fallecido Javier Prado, otro hispanófilo que había sucedido a Palma en la dirección de la Academia Peruana, así como a los escritores José Santos Chocano, Clemente Palma, Enrique A. Carrillo, Manuel Beingolea, Enrique López Albújar, Luis Valera y Orbegoso, Luis Aurelio Loayza, Adán Espinoza y José María Eguren, además de a quienes durante las dos últimas décadas habían destacado en ámbitos próximos a la creación literaria: Francisco y Ventura García Calderón, José de la Riva Agüero, José Gálvez, Víctor Andrés Belaúnde, Óscar Miró Quesada, Felipe Barreda y Laos, Juan Bautista de Lavalle, Raimundo Morales de la Torre (ahí figuran los más destacados representantes de la generación del 900), y otros nombres (recupero los de Abraham Valdelomar y Leonidas Yerovi). Angélica Palma recordó también a Lastenia Larriva, que fallecería ese 1924, en un notable esfuerzo para dar noticia de tantos escritores desconocidos en España.

Muchos años después la literatura peruana reaparecería con «Fernando Velarde y el romanticismo peruano» (1979: 97-106), de Carlos García Barrón, y eso para ocuparse de las andanzas en Lima y del éxito de un santanderino después olvidado pero a quien José de la Riva-Agüero recordaba en 1920 como introductor del romanticismo en el Perú, cuando hacia 1847 llevó hasta allí el culto de Espronceda y Zorrilla, ocasión para que nos reencontremos con Ricardo Palma y aun con el mismo Menéndez Pelayo. La condición española del romanticismo peruano parecía confirmada, lo que de algún modo daba la razón a las numerosas opiniones que lo había desdeñado. En un artículo ya relativamente reciente, «Independencia y Romanticismo en el Perú: tentativa, impostura y derrotero» (2010: 253-277), Eva María Valero Juan hizo un repaso minucioso de esas opiniones para recordar textos y autores que dejan en entredicho las generalizaciones al respecto, así como para precisar los caminos que también en el Perú siguió la literatura en busca de un carácter propio, apelando a la naturaleza y a la historia del país, aunque los románticos peruanos no quisieran o no supieran expresar el agitado contexto social y político de su época; eso no habría impedido que se avanzara en la construcción de una literatura

nacional, como las propias “tradiciones” de Ricardo Palma permiten comprobar.

De la literatura virreinal

En «La afirmación de la identidad cultural peruana en el Inca Garcilaso y Ricardo Palma» (1990: 103-110), Carlos García Barrón afirmaba aspectos que Menéndez Pelayo no había considerado, al fijar en la lengua común el rasgo más relevante de las literaturas de Hispanoamérica, y los analizaba en los autores elegidos en su relación afectiva con el Perú, hasta hacer de la nostalgia del pasado y del futuro una característica de esas literaturas, adornadas con otras cualidades igualmente vagas que les conferirían unidad entre ellas². Si he dejado la referencia a ese artículo para iniciar ese apartado es porque me puede servir de nexo con los anteriores al advertir que el *Boletín* era consecuente con las posiciones de Menéndez Pelayo y la hispanofilia de sus colaboradores y discípulos al interesarse por la literatura colonial como parte de la española. Lo reflejan con naturalidad «Notas de un lector: una fuente de Sor Juana Inés de la Cruz» (1932: 115-117), donde José María de Cossío (segundo director de la revista) hizo una interesante aproximación a las redondillas de Sor Juana contra los hombres que hablaban mal de las mujeres y el «Canto de Florisia» incluido por Gaspar Gil Polo en el libro V de su *Diana*, y «Soror Juana y Frey Lope: dos sonetos» (1948: 281-289), donde Carlos González Garay vio un parentesco entre «Amaba Filis a quien no la amaba» de *La moza de cántaro* y «Al que ingrato me deja busco amante», para ofrecer un detallado

² Aprovecho la aparición del Inca Garcilaso para anotar que la América prehispánica solo está presente en el *Boletín* con «Sobre el sentido del “mana” en la religiosidad de los pueblos preincaicos» (1959: 125-149), de César Aguilera, contribución a los estudios etnológicos de tema americano. A este respecto cabe recordar también «La medicina popular en Hispanoamérica: influencias del descubrimiento» (1966: 211-232), de Antonio Castillo de Lucas, donde se revisan las aportaciones de la medicina científica de los conquistadores a la medicina ancestral o arcaica americana, sin olvidar el traslado de las supersticiones curativas de la península a América, en otro estudio etnológico y antropológico que finalmente se pierde en una sucesión de refranes más o menos relacionados con el tema.

análisis comparativo de esos sonetos sobre el motivo común de las “encontradas” correspondencias amorosas.

En cualquier caso, Juana de Asbaje fue quien, merecidamente, recibió la atención más sostenida. Edmond Cross le dedicó «El cuerpo y el ropaje en *El divino Narciso* de Sor Juana Inés de la Cruz» (1963: 73-94), minucioso estudio del aprovechamiento del mito recogido por Ovidio en *Metamorfosis* y su paso a lo divino, con afinidades y diferencias examinadas en detalle, sin olvidar las posibles resonancias de *Eco y Narciso*, comedia de Calderón de la Barca que sin duda pudo servir de inspiración a la escritora novohispana. Esta reaparecería en «Tres poetisas americanas», el artículo que en 1966 le dedicó Felipe Ximénez de Sandoval, a ella y Gertrudis Gómez de Avellaneda y a Gabriela Mistral. «El teatro de Sor Juana: Narciso frente a la fuente» (1994: 139-146), de Mariluci da Cunha Guberman, reiteró el interés por la mejor representante de la literatura virreinal.

Poco queda que añadir dedicado a más de tres siglos de historia y de cultura. «Haz y envés del oficio del escritor cortesano: Lorenzo de las Llamosas, un perulero en Europa» (2010: 179-198), de Miguel Zugasti, se ocupó de ese escritor del barroco tardío: de su biografía, lo suficiente para situar sus relaciones, sus andanzas y la mayor parte de su obra en Europa, a donde se trasladó en 1691, con (más o menos) 25 años de edad; y de su obra, para constatar que tanto su poesía panegírica como su teatro (en verso) fueron fruto obligado de las circunstancias, mientras que se desarrolló mejor en el ámbito de la historia y de las propuestas político-pedagógicas, añadiendo sabrosas noticias sobre sus habilidades (su prodigiosa memoria, su capacidad para los idiomas y las matemáticas). Mucho antes, en el número 4 de 1932 (326-330), José María de Cossío se había ocupado de «Fray Francisco de Soto y Marne en Lima» o de la divulgación de su sermón sobre las grandezas del poder divino en la Concepción de María, publicado en aquella ciudad en 1775, con referencias a las disputas que su autor había sostenido antes con Benito Jerónimo Feijoo. Ya próxima la independencia, las arengas políticas a favor de la libertad merecieron la atención de Fernando Unzueta, que en «Subjetividades latinoamericanas al borde de la modernidad: entre el hombre de bien y el buen ciudadano» (2009: 221-232) analizó cómo apelaban al ciudadano a la vez que lo

conformaban en contraposición con el súbdito colonial y como heredero o evolución del “hombre de bien”, propuesto por la Ilustración y detectable en los escritos de Simón Bolívar, pero ya presente en los de José Miguel Guridi y Alcócer, Pablo de Olavide y José Joaquín Fernández de Lizardi³.

De la independencia al modernismo

Como se habrá podido comprobar, el magisterio y las relaciones de Menéndez Pelayo determinaron en buena medida la atención dedicada en el *Boletín* a los escritores hispanoamericanos del siglo XIX: José María Heredia, Gertrudis Gómez de Avellaneda, Ricardo Palma. Los artículos que parecen alejarse de esa dependencia son tan escasos que apenas alcanzan a tres, de los que cabe destacar «Notas estilísticas sobre el *Fausto* criollo», incluido en

³ Aunque relegado a esta nota, no quiero olvidar el interés con que el *Boletín* acogió artículos dedicados a la presencia cultural española en territorios norteamericanos que lo fueron de la Nueva España. En 1932 (número 2, abril-junio: 97-109) publicó «Romances españoles tradicionales que cantan y recitan los indios de los pueblos de Nuevo México», donde Aurelio M. Espinosa ofrecía los que aún se conservaban entre los “indios de pueblos”: diferentes versiones de «Camino del Calvario» y «La Virgen sueña la Pasión», y una de «El niño perdido» y «Delgadina», pruebas de la pervivencia cultural hispánica en tierras incorporadas a los Estados Unidos de América del Norte desde 1848. Espinosa volvería a aparecer en el *Boletín* con «Los “agüelos” de Nuevo México» (1945: 71-78), donde recuperaba la visita que seres sobrenaturales de las montañas hacían a los niños inmediatamente antes de la Navidad, para comprobar sus conocimientos de la doctrina cristiana.

Por alejarse de la literatura hispanoamericana, también doy cuenta aquí de «El indigenismo cisneriano» (1987: 17-34), de José García Oro, interesante análisis de la defensa de los indios durante los primeros tiempos del asentamiento español en América, y de «El Quijote y las imprentas americanas» (2005: 289-317), de Julián Martín Abad, quien se ocupó de la llegada del *Quijote* a América desde 1605, de la actividad de las imprentas durante el período virreinal o de sus vicisitudes en España, antes de decidirse a abordar el tema propuesto: el *Quijote* se imprimió por primera vez en México, en 1833, y entre esa edición y la argentina de 1904 (en La Plata) poco había que contar, de modo que era necesario enriquecerlo con los avatares de las imprentas del período y referencias a ediciones de otras obras de Cervantes. Tampoco quiero dejar de mencionar «Sobre la disputada autoría de la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*» (2013: 15-61), donde Guillermo Serés dio sobradas razones para seguir adjudicando a Bernal Díaz del Castillo la autoría de esa crónica, que Christian Duverger pretendía para Hernán Cortés.

el número 2 del volumen XXV (1949: 142-187). Arturo Berenguer Carisomo ofreció allí una revisión aún aprovechable del poema más famoso de Estanislao del Campo, revisión que realizó tras declararse consciente de que su estudio solo podía ser un estudio de estilo, porque su interés literario radicaba precisamente en el vocabulario elegido y en su peculiar versión de algunas metáforas. Ese planteamiento, de tenerse en cuenta, evitaría insistir en la condición paródica del *Fausto*, reiteradamente señalada sin precisar con rigor qué es lo que allí se parodiaba.

En «La poesía de madurez de Luisa Pérez de Zambrana» (1986: 187-198), Zenaida Gutiérrez Vega se ocupó de la Cuba decimonónica y de la deriva poética de una escritora que se alejó del enfático y declamatorio primer romanticismo hacia otro interiorizado, melancólico, meditativo y elegíaco (determinado en buena medida por pérdidas familiares), sin olvidar de su primera etapa su expresión de la cubanidad, menos en la intención patriótica y en los motivos locales de algunos poemas que en el lenguaje insular y en su cadencia, que supo captar con especial acierto. Por último, ya en 2012, en su número 2 (julio-diciembre: 397-419), el *Boletín* publicó «José Peón del Valle, entre el romanticismo y el modernismo», de Juan Pascual Gay, ocasión oportuna para recuperar la efervescencia cultural que se manifestó en México en las últimas décadas del siglo XIX. De las diversas y aun encontradas tendencias que enriquecían el ambiente, el autor del artículo eligió la transición que representaba Peón del Valle con su primer poemario, *Vibraciones y cadencias* (1886), y sus contribuciones a la *Revista Azul*, además de dar cumplida cuenta del contexto político y literario del decadentismo mexicano, movimiento peculiar de raíz simbolista con el que ese poeta se relacionó aunque sin integrarse plenamente en él, ni en los ambientes en que se desarrolló. *Vibraciones y cadencias* se situaba aún en el ámbito del romanticismo, aunque mostrara atisbos de las novedades que se fraguaban por entonces. La estética decadente parecían afirmarse en los once poemas y la prosa breve que Peón del Valle publicó en la *Revista Azul*, o al menos es lo que en ocasiones cabría deducir de su delectación morbosa en la locura y la muerte, en el tedio y el desamor.

La escasez de estudios sobre la literatura hispanoamericana del XIX me anima a considerar «Concepción Jimeno de Flaquer y

los escritores españoles: *El Álbum de la Mujer* mexicano entre 1883 y 1888» (2014: 191-212), de María del Carmen Servén Díez, pues pone de manifiesto un aspecto más de la vida cultural en el México de aquellos años y de sus evidentes relaciones con España —ahora con las mujeres como protagonistas—, a la vez que se refiere a actividades realizadas en aquel país por una española interesada en los escritores españoles de su tiempo, con atención especial para Emilia Pardo Bazán y Juan Valera, y aunque las páginas de la revista acogieran colaboraciones de escritores mexicanos e incluso de Rubén Darío.

Por lo que al modernismo se refiere, entre las relaciones de Menéndez Pelayo con escritores hispanoamericanos antes recordadas bien pude haber incluido la que mantuvo con Darío, que el *Boletín* registró muy pronto: en el número 4 de 1926 se encuentra «Rubén Darío y Menéndez Pelayo» (316-319), una breve nota firmada por C. y dedicada a mostrar la admiración declarada del poeta nicaragüense hacia el polígrafo español, ilustrada con citas de su *Autobiografía*, de *España contemporánea* y de *Historia de mis libros*, relegando a una nota a pie de página los elogios recibidos, suficientes para confirmar el respeto mutuo que se profesaron. Si he reservado esa relación personal para este apartado es porque puede servir como introducción a la presencia del modernismo en las páginas del *Boletín*, también abordado preferentemente desde una perspectiva hispanófila.

Ese presencia y esa perspectiva no se manifestaron hasta que José María Martínez Cachero publicó «Salvador Rueda y el modernismo» (1958: 41-61), donde los escritores americanos, Rubén Darío en particular, aparecen en función de las relaciones y la trayectoria del poeta estudiado. Y hubo que esperar hasta las últimas décadas del siglo pasado para encontrar algo más en el *Boletín*, que no ofreció temas novedosos pero sí investigaciones de interés, como el minucioso estudio «Sobre la sinestesia en el modernismo hispánico» (1984: 339-384), de Allen W. Philips, y «Los albores del modernismo: ¿producto peninsular o trasplante trasatlántico?» (1985: 315-330), de Richard Andrew Cardwell. La presencia de los poetas hispanoamericanos era inevitable en el primero, una aportación aún hoy aprovechable para valorar la profunda renovación cultural que los escritores modernistas

plasmaron en sus prosas y en sus versos, y tampoco podía faltar en el segundo, dedicado a dilucidar qué lado de Atlántico fue el primero en llegar a la nueva estética, con la balanza inclinándose esta vez del lado español (o al menos en favor de la independencia del modernismo peninsular), antes de señalar los factores que habrían determinado las diferencias de los procesos.

Ya en fecha reciente, el *Boletín* incluyó «Los ojos y los discursos. Cruces entre las poéticas de Rubén Darío, Luis de Góngora y la cultura visual» (2011: 187-196), un artículo de Sofía M. Carrizo Rueda cuyo interés se acrecienta cuando señala con acierto el minucioso conocimiento de Góngora y de su poética que algún soneto de Darío demuestra, ocasión propicia para recordar también a Sor Juana Inés de la Cruz; y «Ediciones francesas originales de Rubén Darío» (2014: 281-295), de Alberto Paredes, quien intentó cotejar las seis publicadas en París: tras una minuciosa investigación confirmaba las de *Prosas profanas y otros poemas* (1901) y *Letras* (1911), y no conseguía hacerlo con las de *España contemporánea* (1901), *Peregrinaciones* (1901), *La caravana pasa* (1902) y *Oda a Mitre* (1906), al menos en las fechas indicadas entre paréntesis. Y, por fin, en 2015 (215-236) apareció un artículo sobre novelas de esa época: «La novela de artista como perspectiva de lectura: *El extraño* y *La raza de Caín* de Carlos Reyles», de Inmaculada Donaire del Yerro. Para la crítica académica esas novelas habían representado, respectivamente, el decadentismo y su disolución en la trayectoria seguida por su protagonista, el poeta Julio Guzmán. La perspectiva adoptada ahora, apoyada en una revisión del proceso de escritura de los textos y un análisis minucioso de los referentes culturales de Reyles, revela que la primera había iniciado ya la demolición de la aureola del poeta, implacablemente vencido por la realidad, proceso que se consumaba en *La raza de Caín*.

La literatura hispanoamericana del siglo XX; el *Boletín* del siglo XXI

Si se prescinde de los años correspondientes al modernismo, la literatura hispanoamericana del siglo XX estuvo tan poco presente durante décadas en el *Boletín* que en algún momento me sentí tentado a considerar aquí artículos que abordaran cualquier otro

aspecto de las relaciones de España o su presencia en el ámbito cultural de Hispanoamérica⁴. La primera irrupción tuvo como protagonista a Gabriela Mistral en el ya reiteradamente mencionado artículo «Tres poetisas americanas», publicado en 1966 por Felipe Ximénez de Sandoval, también ahora más interesado en la vida sentimental que en la obra literaria de la escritora chilena, fallecida en 1957. Por ello llama la atención que en 1969 (239-254) se publicara «“Mano cruel”, narración picaresca de Roa Bastos», donde José Rodríguez Richart se ocupó de ese cuento y en alguna medida de los demás incluidos en *El trueno entre las hojas*. El paraguayo Augusto Roa Bastos era el primer escritor hispanoamericano vivo al que atendía el *Boletín*, pero eso no tuvo continuidad alguna —parecía vigente el criterio de Menéndez Pelayo al ocuparse de los poetas de Hispanoamérica— en aquella época del *boom* de la narrativa hispanoamericana.

La sección denominada «De Cantabria» parecía exigir en el volumen LXXIII alguna relación de los autores estudiados con Santander para justificar su publicación: allí aparecieron «La montaña santanderina de *Aldea española* (1925): la utopía rediviva de Fernández Moreno» (1997: 321-333), de Trinidad Barrera, y «La reivindicación de Gabriela Mistral por José Luis Hidalgo: hacia la rehumanización poética de posguerra» (1997: 335-348). El primero se acercaba al significado del regreso a la naturaleza y a la provincia que en las primeras décadas del siglo se acusó en la literatura argentina, en contraste con la deshumanización del ámbito urbano: los poemas reunidos por Baldomero Fernández Moreno en el libro mencionado, evocación de su infancia rural o aldeana en la montaña santanderina, eran una excelente ocasión para precisar esos recuerdos, fijados también en algunas páginas de las memorias que tituló *La patria desconocida* y en otros momentos de su trayectoria poética. Y en su condición de cántabro José Luis Hidalgo sirvió a

⁴ Entre ellos se cuentan «La hispanidad en tierras uruguayas. Un gran cervantista: Don Arturo Estanislao Xalambri (Montevideo)» (1951: 365-378), donde Constancio Eguía Ruiz se ocupaba de ese bibliófilo y de su biblioteca cervantina, que acababa de exponer en Montevideo y que constituía una aportación desde el otro lado del Atlántico a la construcción de la hispanidad; también «Vida y obra de Ciro Bayo. Costumbrismo o novela» (1981: 253-294), donde Alicia Redondo Goicoechea recordó las andanzas de ese madrileño en América y las publicaciones que le dedicó.

Ruiz Soriano para acercarse a la poeta chilena a partir del ensayo «El sentimiento religioso en la obra de Gabriela Mistral», que aquel publicara en el diario *Alerta* el 18 de noviembre de 1945 y que ahora resultaba útil para indagar en las tensiones de la poesía española de la época (espadañistas frente a garcilasistas) como si reprodujeran las que antes en Chile habían planteado, contra modernistas y vanguardistas, quienes pretendían rehumanizar la poesía. Los que en la España de posguerra preconizaban esa rehumanización permitían ahora a Ruiz Soriano recuperar la poesía de Gabriela Mistral en su interés por el ser humano y sus inquietudes vitales, existenciales y metafísicas, presentes también en la poesía de Hidalgo.

Hubo que esperar al siglo XXI para que la literatura hispanoamericana incrementara su presencia en el *Boletín*, como habrán permitido deducir las fechas recientes de algunos de los artículos ya mencionados, y para que los temas estudiados, como también se habrá podido advertir (incluso los de la época virreinal y del siglo XIX), no necesitaran otra justificación que su interés y la calidad con que se abordaran. Cabría relacionar ese cambio con otros en la dirección de la revista y también (con repercusión sin duda menor) en su consejo editorial. Por otra parte, la autoría de los artículos demuestra que el *Boletín* se hacía eco del desarrollo alcanzado por los estudios de literatura hispanoamericana en el ámbito académico español, como se desprende de la presencia (antes esporádica) de profesores dedicados a ella entre los colaboradores de la revista, que ahora evidenciaba una clara voluntad de acoger esa faceta del hispanismo.

El volumen LXXX anticipaba en 2004 esa deriva al incluir «Mito y fantasía en la obra de Horacio Quiroga. “Una noche de Edén”», tal vez el primer artículo sobre literatura hispanoamericana del siglo XX que no necesitó de vinculación alguna, ni directa ni indirecta, con Menéndez Pelayo y con Santander. Mónica Castillo Lluch acusaba allí el interés por lo fantástico que hacía furor en los medios académicos —con el apoyo tal vez ineludible de Tzvetan Todorov— y que invitaba al estudio de los autores que lo habían cultivado en Hispanoamérica, ahora con la pretensión de deslindar lo fantástico de lo mítico a propósito del cuento «Una noche de Edén». Pero fue el año LXXXIII el que a mi parecer prueba o confirma la nueva actitud, con la inclusión en ese número del

artículo «“Aquí llegamos, aquí no veníamos”. La poesía última de Lezama y las mutaciones de los cánones» (2007: 359-384), de Remedios Mataix Azuar, y de la nota «La cubanidad de Cintio Vitier y Severo Sarduy (*Lo cubano en la poesía* y *De donde son los cantantes*)» (2007: 455-464), de María José Bruña Bragado. El primero era un minucioso y lúcido análisis de las relaciones de José Lezama Lima con la Revolución cubana y de la apropiación indebida y creciente que el castrismo había hecho de la figura de aquel a partir de su muerte en 1976, a costa de falsificar la realidad de su vida y de su obra; particularmente afectados resultaron los poemas posteriores a 1970 (los de *Fragmentos a su imán*), como su estudio pormenorizado demostraba a la vez que dejaba en evidencia la tendenciosa interpretación de Cintio Vitier y sus sucesores. Precisamente de Vitier y su *Lo cubano en la poesía* se ocuparían algunas páginas de María José Bruña, en su caso para examinar sus aportaciones a la configuración de la identidad espiritual o cultural que se habría revelado a través de la poesía del país. Con esa identidad estaría relacionada también *De donde son los cantantes*, entendida esa novela de Sarduy como una parodia del ensayo de Vitier.

En 2008 el *Boletín* acentuó su acercamiento al presente al publicar «Discurso político, tejido estético y autoficción fantástica en *Lumpérica*, de Diamela Eltit» (417-431), donde José Manuel López de Abiada se ocupó de la primera novela de esa escritora chilena que en 1983 irrumpiera con una propuesta novedosa en los medios literarios de su país, pues rompía con las convenciones del género, para conseguir eco internacional con el paso de los años. Ese esfuerzo de actualización relativa tuvo continuidad al año siguiente con «El escepticismo apasionado: un diálogo con Jorge Volpi» (2009: 435-443), entrevista de Ana Pellicer Vázquez en la que el novelista mexicano afirmaba el escepticismo y aun la indiferencia de su generación en cuestiones políticas y sociales y a propósito de la identidad latinoamericana o del intelectual comprometido. El interesado en la cultura de Hispanoamérica seguramente juzgará de mayor provecho la lectura de otro artículo incluido en ese número, el titulado «Pablo Neruda y el enigma de la Isla de Pascua» (2009: 371-383), donde Gunther Castanedo Pfeiffer recuperaba la secreta e ignorada visita del poeta a esa isla en 1945, acompañado de Maruja Mallo, y su probable eco en cuatro poemas de la sección «El gran

océano» de *Canto general*, sin olvidar su regreso en 1971 y los resultados poéticos de la nueva experiencia: «Hacia tan lejos», poema incluido en *Geografía infructuosa*, y sobre todo *La rosa separada*, cuya casi secreta primera edición aparecería en París en 1972.

La variedad de los temas abordados me impide advertir orientaciones o preferencias precisables en los últimos años. Debo referirme aún a dos artículos sobre poesía: en el número 2 de 2012 (julio-diciembre) apareció «Poesía mapuche: deslindes de una textualidad fronteriza» (421-440), de Selena Millares, y en el volumen correspondiente a 2017-2018 «“Buscando desde mañana hasta el último día recordado”: Gilberto Owen y su naufragio en la poesía» (337-361), de Daniel Rodríguez Martínez. Sin ignorar la ayuda que pudieran proporcionar sus novelas y otros escritos, en este último se abordaba la obra poética ese poeta “contemporáneo” mexicano desde sus inicios —desde sus primeros poemas, donde la reflexión sobre la búsqueda poética implicaba o incluía ya la relación mujer/poesía—, en un esfuerzo por comprender mejor la finalmente fracasada búsqueda de la poesía “pura” que concluiría en *Sindbad el varado*, entendiendo este poema como un reflexión final sobre el proceso seguido por el autor.

En el artículo de Selena Millares los lectores del *Boletín* pudieron constatar la presencia en Chile de poesía a cargo de autores de etnia mapuche, en mapudungun o en castellano, a partir de 1988: una poesía que conjugaba la pretensión de afirmar la cosmovisión indígena con la necesidad de encontrar un espacio en el ámbito de la literatura chilena contemporánea a la que sus autores pertenecen. El análisis del primer aspecto exigía delinear el contexto histórico y social, y recordar el carácter en buena medida ritual (y por tanto religioso) que se suele atribuir al oficio de los brujos/poetas dentro de una cosmovisión mágica o panteísta; la constatación del segundo obligaba a reconocer la condición mestiza, multicultural o universal de esa poesía. Lo cierto es que el artículo informa cumplidamente de la cosmovisión mapuche y de las prácticas que determinaba —información útil para acercarse a una literatura que tiene no poco de recuperación etnológica—, y luego de los problemas y particularidades de una poesía que necesitó hacerse bilingüe para afirmarse en el contexto literario chileno. A medida que se adentra en las circunstancias, los problemas y las características de esa

poesía, el lector puede saber de Elicura Chihuailaf, de Leonel Lienlaf y de otros poetas que la representan.

La narrativa hispanoamericana del siglo XX también mereció atención en dos artículos más: «Roberto Bolaño y sus personajes: vidas de extranjeros en Europa» (2015: 237-248), de Chiara Bolognese, y «“La corrupción del alma”: un estudio de la selva y sus habitantes en *El sueño del celta*» (2017-2018: 363-380), de Marcela Medina Balguerías. El primero rastreó los ingredientes autobiográficos detectables en las ficciones del escritor chileno como punto de partida para examinar el desarraigo que él identificó con la literatura e hizo condición existencial de sus personajes, nómadas en búsqueda del sentido de la vida, incapacitados para integrarse en los territorios por los que transitan. Al llevar a sus narraciones esas psicologías, en gran medida determinadas por las circunstancias políticas y económicas que forzaban a la emigración y al exilio, la obra de Bolaño se alejaba de la búsqueda de la identidad que la literatura hispanoamericana del siglo XX había impulsado, e incluso la contradecía. Y, como puede deducirse de su título, el estudio de Medina Balguerías se ocupaba de uno de los aspectos de la novela *El sueño del celta*: su recuperación del viejo conflicto entre la civilización y la barbarie. Mario Vargas Llosa identificaba la primera con la propiedad privada y la libertad individual, y la segunda con espacios fuera del alcance de los correctivos con que la civilización podía controlar la codicia humana, causa última de los atropellos sufridos por los negros del Congo y por los indios de la Amazonía. Solo la civilización podría rescatarlos: esa convicción determinaba las actividades de Roger Casement en la novela y, atribuida a Vargas Llosa, explicaría los ataques de quienes no compartían los puntos de vista del autor, ataques que poco o nada tenían que ver con la literatura y mucho con las disputas políticas del momento. Eso se podía deducir del artículo, que analizaba además la relación de *El sueño del celta* con *El corazón de las tinieblas*, de Joseph Conrad, y con *La vorágine*, de José Eustasio Rivera.

Las aportaciones del *Boletín* a la difusión de los estudios sobre literatura hispanoamericana se completan con dos artículos más. «Fernando Vallejo y el pensamiento herético en *La puta de Babilonia*» (2011: 316-334), de José Manuel Camacho Delgado, quizá no hubiera sido del agrado de Menéndez Pelayo, pues ejemplificaba

reiteradamente los denuestos contra la Iglesia Católica proferidos en el ensayo abordado, donde el escritor colombiano mostró sus vastos conocimientos de las religiones y de las herejías. Por su parte, «Los fundamentos ideológicos de las novelas de denuncia social y el populismo político en Latinoamérica (1940-1975)» (2011: 264-278), de Malvina Guaraglia Pozzo, ofrecía la interesante propuesta de sustituir el enfoque que al analizar esas novelas se atribuía a sus autores, fundamentalmente marxista, por otro que revelara los planteamientos políticos populistas de la época en que se escribieron; tales planteamientos pudieron ser los verdaderamente determinantes en la redacción de las ficciones que se ocuparon del indio, del negro o del campesino para mostrar la distancia insalvable que mediaba entre el pueblo y quienes detentaban el poder y lo utilizaban para traicionar y explotar a ese pueblo, que conforma verdaderamente cada comunidad nacional y que legítimamente lucha por la justicia, no solo en términos económicos sino también morales y nacionales o patrióticos⁵.

Para concluir

Aunque en la obra de Menéndez Pelayo ocuparan un espacio marginal, su *Antología de poetas hispano-americanos* y su *Historia de la poesía hispano-americana* desempeñaron un papel fundamental en la configuración del mapa americano de la literatura en lengua castellana, así como en la recuperación o construcción del proceso que esta había seguido hasta finales del siglo XIX. En ambos aspectos esas obras resultan aún hoy útiles para quienes centramos nuestras investigaciones en ese ámbito. Como se habrá podido

⁵ Es el único artículo del *Boletín* que plantea cuestiones de algún modo relacionadas con criterios para abordar el estudio de la literatura hispanoamericana. En el número anterior (2010: 513-520), en «Globalización y literatura mundial: las teorías de Franco Moretti y Pascale Casanova desde la ladera de las literaturas latinoamericanas», José Manuel López de Abiada se había ocupado de esas teorías al comentar al volumen *América Latina en la «literatura mundial»* (2006), editado por Ignacio M. Sánchez Prados, para defender la significación “global” de Jorge Luis Borges y de Octavio Paz, de *Pedro Páramo* y de *Cien años de soledad*, antes de reseñar las posiciones de los críticos especializados en la literatura hispanoamericana, que mayoritariamente consideraban eurocentristas y desacertados esos planteamientos.

advertir, en los cien años transcurridos desde la publicación de su primer número el *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo* no ha estado a la altura de ese legado. Esta constatación no es un reproche: cada revista es libre para decidir cuáles son sus preferencias y su orientación, y también los lectores a los que se dirige. Por otra parte, en esta revisión breve de los artículos relacionados con la literatura hispanoamericana, que he pretendido completa —ojalá ninguno haya sido olvidado—, he podido leer o releer con provecho no pocas contribuciones de gran calidad y que aún merecen o exigen atención. Además, como de algún modo he dejado de manifiesto, las presencias y (sobre todo) ausencias de la literatura hispanoamericana matizan en este aspecto la significación del *Boletín* a lo largo de su existencia, con la figura de Menéndez Pelayo omnipresente en las primeras décadas, con la desorientación o distancia de la etapa posterior, y con el creciente y prometedor interés demostrado en los últimos tiempos.

TEODOSIO FERNÁNDEZ
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID